

CAPÍTULO IX

CRÍTICA LITERARIA

1. Autores griegos	109
2. Autores romanos	113

CAPÍTULO IX

CRÍTICA LITERARIA

1. Autores griegos

La crítica literaria en las *Instituciones* sirve como noticia previa a un estudio de los autores griegos y romanos. Sirve al orador, quien debe conocer las obras célebres de la literatura y formar su estilo por la asimilación de las cualidades que lucen en ellas.

Ya en el libro primero Quintiliano recomienda que se enseñen al discípulo fragmentos de la buena literatura antigua, y de la moderna cuando posea más conocimientos, formándole el gusto y dándole noticia del pasado con su historia, sus instituciones y sus héroes. Pero advierte en la crítica que la nómina no puede ser completa, pues mencionar todos los autores sería cosa de no acabar y, además, de acuerdo con el espíritu y finalidad de la obra, trata de los que sirven a la oratoria. Tampoco se refiere a todos los autores que fueron sus contemporáneos, pues, de acuerdo

con la costumbre de Quintiliano, sólo hace estimación de quienes alcanzaron renombre y lo ratificó el tiempo. Un compendio de los más sobresalientes deja que los estudiosos discernan y comparen según cada gusto y fundamentos. A mi vez menciono los mejores de la nómina, porque la mención y crítica de los otros se hallan en el libro X, capítulo I de las *Instituciones*.

El primer elogio es para Homero, el educador de Grecia, maestro de oradores en la etapa de la elocuencia sin retórica, y después, cuando, sistematizados los principios, nace un arte de la persuasión oral.

Ninguno supera al gran bardo, poeta y orador, alegre, conciso, grave, cuyo dominio de los afectos sosegados o violentos nadie negará.

Homero debe ser alabado por su habilidad en el exordio, que hace benévolos a los oyentes; por la brevedad de la narración, muy necesaria al orador, quien muchas veces la malogra debido a una larga exposición de los hechos. La noticia de la muerte de Patroclo es rápida, y no hay epílogo comparable a las plegarias de Príamo cuando pide el cadáver de su hijo Héctor al colérico Aquiles. En las obras de Homero aprenden los oradores a servirse de los ejemplos, semejanzas, amplificaciones, argumentos para probar y refutar, todos los procedimientos del arte de persuadir.

Para Quintiliano, Hesíodo rara vez adquiere elevación. Sin embargo, tiene sentencias provechosas, suavidad de palabras y agradable composición.

Teócrito merece admiración por su musa rústica y pastoril; pero huye del foro y aun de la ciudad.

Píndaro, príncipe de los poetas líricos, sobresale por la belleza, aristocracia y majestad del estilo, conceptos y figuras, y es como cierto río de elocuencia al que afluyen los pensamientos y palabras.

Aristófanes conserva la sencilla gracia del estilo ático, y con ella, propia de la comedia antigua que él representa, censura los vicios con grande afluencia de palabras; pero tiene muchísimo nervio y hermosura.

Cuando Quintiliano escribe sobre los trágicos reconoce la grandeza y sublimidad de Esquilo, si bien lo tacha, sin fundamento serio, de grosero, desaliñado y grandilocuente.

Sófocles mantiene el drama en las alturas de Esquilo por la gravedad del fondo y el estilo; pero Eurípides está más cerca de los intereses del orador porque le procura sentencias de los sabios, enseña cómo decir y responder. En los afectos es maravilloso, sobre todo en los relativos a la compasión.

Menandro, seguidor de Eurípides, posee riqueza inventiva y elocutiva, acomodándose a todos los afectos y personas. Pinta muy a lo vivo la existencia humana, lo cual sirve a los oradores, que peroran sobre muchos personajes y caracteres, sobre padres, hijos, maridos, soldados, rústicos, ricos y pobres.

Entre los historiadores menciona a Tucídides y Herodoto; el primero, lacónico y breve; el segundo, suave, claro y afluente; aquél, mejor para los efectos; éste, para la calma de ellos.

Siguen los oradores, como Lisias, sutil y elegante, perfecto en la narración, clara y serenamente ática, que lo hace más parecido a una pura fuente que a un caudaloso río.

Isócrates es adornado y tiene aliño; acomodado al lucimiento y pompa, imitó las gracias del decir; su composición es tan esmerada, que se le censura por su pulimento.

Esquines muestra mucha afluencia; pero si es menos conciso, sin embargo, parece más elevado; pero tiene más carne que nervios.

Hipérides es más bien dulce y agudo.

Demóstenes, incluido en el canon de los diez oradores de Atenas, fue el príncipe que dio la ley del perorar, tan grande es su energía. Todo cuanto dice tiene conexión, sus palabras son tan precisas, que no le falta ni sobre nada.

Cuando Quintiliano menciona a los filósofos, erróneamente juzga filósofo a Jenofonte, quien dice sin afectación, como si en sus labios morara la diosa de la persuasión.

Teofrasto luce un lenguaje divino, primoroso, y es tanta la suavidad de su elocuencia que por ella adquirió el nombre que lleva: *Teo*: dios; *frasto*: elocución.

¿Qué decir de Platón, de Aristóteles? ¿Quién pondrá en duda que Platón, por su saber y agudeza, es movido por lo humano como por el Oráculo de Delfos?

Aristóteles tiene la ciencia de las cosas; en sus escritos hay profundidad de invención y suavidad elocutiva.

2. Autores romanos

Después de estas consideraciones sobre los autores griegos, Quintiliano pasa a los autores romanos.

Compara a Homero con Virgilio, como compara a Demóstenes con Cicerón, las cuatro figuras de la crítica que alcanzaron el pináculo.

“A la verdad —escribe Quintiliano acerca de Virgilio— aun cuando le hagamos inferior a aquel ingenio celestial e inmortal, tiene no obstante más cuidado y exactitud por lo mismo que tuvo que trabajar más; pues cuanto nos exceden los que son más eminentes que nosotros, tal vez lo compensamos haciéndonos iguales a ellos”.

De Lucrecio dice que hay que leerlo, mas no para tomar de él la elocuencia; y si es elegante en la materia que trata, es dificultoso. He aquí un juicio equivocado. Lucrecio, espíritu elevado, cuyos versos de fuerza épica recuerdan a Homero y Virgilio, conmueve por su estilo y posee el mérito de haber fijado definitivamente la lengua latina con la flexibilidad y riqueza que le dio.

Ovidio guarda poca gravedad aun en los asuntos heroicos, y se muestra lascivo. Hubiera sido excelente poeta de haber moderado su genio en vez de dejarse llevar por él; pero fue demasiado pagado de su genio.

Terso y puro es Horacio, único en censurar las costumbres de los hombres, digno de ser leído porque está lleno de dulzura, belleza y variedad de figuras, y dice con valentía.

Un gran elogio de Persio y de sus *Sátiras* está en la concisa frase de Quintiliano: "Persio mereció mucha y verdadera gloria, aunque con un solo libro".

Lucano tiene más bellezas oratorias que poéticas, fuerza, brillo en las sentencias, claridad de pensamiento; pero debe contárselo más bien entre los oradores, no entre los poetas.

Plauto y Terencio no superan la comedia griega, y la misma lengua romana no alcanza la gracia de los áticos.

Como en la historia no ceden los latinos a los griegos, Quintiliano no tiene reparo en oponer Salustio a Tucídides, ni tampoco en igualar Heródoto a Tito Livio, en cuya narración lucen fuerza y claridad. Sus arengas, especialmente en la parte de afectos, ningún historiador las iguala. Según Quintiliano, Livio consiguió con diferentes virtudes la inmortal viveza de Salustio.

Por temor a quienes pacificaban la elocuencia, Quintiliano no habla expresamente de Tácito; pero sin duda se refiere a él cuando dice: "Resta aún uno que es el decoro y gloria de nuestra edad, sujeto digno de la memoria de los siglos, de quien en otra ocasión se hará mención. Ahora ya se entiende quién es. Tiene apasionados, mas no imitadores, de manera que le hizo perjuicio la libertad que se tomó, aunque

quitó mucho de lo que había trabajado. Pero aun en lo que ha quedado de sus obras, se echa de ver un espíritu bastante levantado, y unos conceptos que tienen mucho atrevimiento”.

Los oradores latinos igualan a los griegos. “En los chistes y en mover la compasión, los dos principales afectos, les sacamos ventaja. Quizás esto nace de haber eliminado el patético la costumbre de Atenas”.

Cicerón es el primero de la elocuencia romana, por la energía, afluencia y dulzura, que aprendió de los griegos; y Quintiliano denuncia sus fuentes cuando dice que Marco Tulio, seguidor de los griegos, imitó la energía de Demóstenes, la afluencia de Platón y la dulzura de Isócrates. Del gran elogio surge que Cicerón es el iniciador de un movimiento literario dirigido a demoler la baja retórica, y un modelo que oponer al influjo de Séneca.

El gran orador enseña y mueve; infunde tanta autoridad, que nadie se atreve a rechazar su opinión; discute con facilidad sobre muchas cosas, y su modo de decir agrada sumamente al oído. Reinaba en los tribunales, y la posteridad le concede que su nombre no se tenga por nombre de un hombre, sino de la elocuencia misma.

Quintiliano hace el hermoso paralelo entre Demóstenes y Cicerón, síntesis vigorosa de sus cualidades respectivas. “En la mayor parte de sus virtudes creo yo que son parecidos, como también en la idea, en el orden, en el modo de dividir, de preparar y proponer las razones, y finalmente en todo lo que perte-

nece a la invención. En la elocución se diferencian algún tanto; aquél es más conciso, éste más afluente; aquél concluye más reducido, éste disputa con más amplitud; aquél, siempre con agudeza, éste, además de la agudeza, frecuentemente tiene peso en sus palabras; a aquél nada se le puede quitar, a éste nada añadir; en aquél hay más artificio, más naturalidad en éste”¹.

Semejante paralelo —escribe Amador de los Ríos— al mismo tiempo que hace resaltar el gran talento de Quintiliano, justifica la indecisión de la posteridad entre aquellos inimitables ingenios².

En cuanto a Cayo César, si sólo se hubiera dedicado al foro ningún otro hubiese sido mejor adversario de Cicerón, tan grandes fueron su energía, agudeza y elegancia. Él habló y escribió con el mismo espíritu que peleaba.

Mesala es puro y elegante, pero tiene poco nervio.

Casio Severo fuera colocado entre los primeros si hubiera añadido a sus otras virtudes el fuego y gravedad de la oración, porque, además, tiene mucho ingenio, urbanidad y energía.

Calvo luce un estilo grave, vigoroso, puro, también vehemente, a modo de los atenienses, de quienes aprendió el aticismo.

Son excelentes Julio Africano y Domicio Afro; aquél, por el artificio de sus palabras y su estilo; éste,

¹ *Instituciones*, X, cap. I.

² Amador de los Ríos, J., *Historia crítica de la literatura española*, t. I, p. 183.

por su viveza y cuidado de las palabras, si bien es poco moderado en las traslaciones.

Séneca es juzgado con ecuanimidad al final de la crítica, pues si muchos vieron en Quintiliano un detractor de aquel retórico, lo cierto es que reconoce las virtudes de Séneca, pero censura en él lo que conduce a la pérdida de la verdadera elocuencia.

Fue un hombre de ingenio y estudio, de muchas enseñanzas propias al arreglo de las costumbres; pero su elocución está llena de faltas y vicios halagüeños. Enemigo de la ampulosidad y afectación del lenguaje, Quintiliano no podía menos que oponerse a la retórica de mal gusto, y si reconoce los méritos de Séneca, considera que no se lo debe imitar, pues las aparentes gracias del decir, acogidas sin reparo por los jóvenes a causa del saber y la autoridad de aquel retórico, apoyan los vicios literarios con menosprecio de los mejores, como Virgilio y Cicerón.